

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS  
PARA LA HISTORIA DE LA  
GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DIRECCIÓN DE

VIRGINIA GUEDEA  
ALFREDO ÁVILA

TOMO I



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
2007

## NÚMERO 228

## Noticia histórica de don Manuel Godoy Álvarez de Faria

*Noticia histórica de don Manuel Godoy, Álvarez de Faria, Príncipe de la Paz, duque de la Alcudia, señor del Soto de Roma, Grande de España de primera clase, caballero de la insigne orden del Toison de Oro, gran cruz de la distinguida de Carlos III, comendador de Valencia del Ventoso, Ribera de Aceuchal en la de Santiago, caballero gran cruz de la religión de San Juan y etcétera, etcétera.*

En unas circunstancias en que todos hablan del Príncipe de la Paz y de su inesperada catástrofe, no será ajeno el dar aquí una idea sucinta de la vida pública de tan famoso privado.

Nació don Manuel Godoy en Badajoz de padres honrados y nobles, aunque no de la primera nobleza, quienes, después de haberle dado los primeros estudios, le aplicaron a las armas, consiguiendo la bandolera de guardias de Corps por el arrimo e influjo de su hermano mayor que estaba sirviendo en el mismo cuerpo y disfrutaba la privanza de los reyes.

Fue pues a Madrid, y muy en breve le introdujo su hermano en el gabinete de la reina, la que, prendada de su gallarda presencia, finos modales y particular habilidad con que tañía la guitarra, principió a distinguirle y poco después a condecorarle con varias gracias, entre ellas la de exento de guardias, y etcétera.

Hasta aquí sólo había comparecido como un cortesano flexible y dispuesto a servir a los que contribuyesen a su elevación, pero el espíritu perspicaz del conde de Florida Blanca que a la sazón era primer ministro, caló muy bien sus miras y no se dejó deslumbrar de su

afectada moderación. Así que trató de hacerle viajar para echarle del reino, y efectivamente parece que se lo pretextó así al rey, insinuándolo que el exento daba esperanzas por su talento e ingenio, y que podría algún día ser útil al estado si se le hacia viajar por países extranjeros para que adquiriese las luces y conocimientos que se requieren en un estadista.

Gustole al rey la especie, pero habiéndosela participado a la reina y oido esta las verdaderas intenciones del conde, se opuso tenazmente a este proyecto, quedándonos Godoy en Madrid, de lo que resultó se verificase su nuestro desgraciado país por medio de tan poderoso valido aquella espantosa imprecación en que prorrumpió contra los troyanos la sañuda Jano: *Acheronta movebo*.

Habiendo ido tomando cada vez más auge su favor cerca de la reina, no tardó en granjearse la confianza y cariño del rey, quien le decoró con la superior gracia de grande de España de primera clase con el título de duque de Alcuía, y en seguida con el de capitán general de sus reales ejércitos.

De allí a poco de estos sucesos, el guardia logró dar en tierra con el conde de Florida Blanca, que si no era ministro acabado, era por lo menos más digno de ocupar el ministerio que cuantos después le han sucedido.

El conde de Florida Blanca no solamente penetraba el genio de la nación, sus intereses, estado y necesidades, sino también la intrincada política de todos los gabinetes de Europa, siendo así que su sucesor Godoy no tenía otro mérito que un entendimiento natural, una loquera fácil, una gallarda presencia; pero carecía de lo principal, puesto que como es notorio era escaso de luces, falto de experiencia, lleno de una vanidad exaltada por las insípidas adulaciones de algunos literatos de a la legua, poseído de una ambición sin coto, dado a los placeres, y abrasado en fin de una codicia que jamás ha podido después verse satisfecha.

Las repetidas ventajas que había conseguido en aquella guerrilla de embolismos de Corte le parecieron ya un feliz preludio de los brillantes triunfos que había de lograr en lo sucesivo, creyéndose bastante capaz para administrar un vasto imperio y regenerar la España. ¡Qué loca presunción! ¡qué necio orgullo!

La noticia de su nombramiento produjo malísima impresión en todos los ánimos, por cuanto a nadie podía ocultársele que el guardia debía su ministerio no a su talento, sino al capricho y favor. Deplorábase tanto más su elección cuanto en aquella crítica época de la revolución francesa, en aquel tenebroso tiempo de desorden y efervescencia en que el desatinado espíritu de libertad confundía el derecho con la pasión, la obligación con el interés, la buena causa con la mala en que los astros más brillantes padecían casi todos algún eclipse, y los más fieles súbditos se veían arrastrados mal sugrado por el torrente de la libertad, se echaba de ver la urgente necesidad, de tener a la frente de los negocios buenas cabezas, y no troneras que cuales caballos desbocados partiesen de carrera sin temer el camino ni advertir en el paradero.

Nadie ignora que la desgracia de Florida Blanca dimanó en parte de que se opuso con tesón; juntamente con el conde de Aranda, al necio y disparatado proyecto que sostuvo, y tan malamente efectuó su atropellado rival de declarar la guerra a la Francia.

Prevaleció pues el dictamen de este último; hizose la guerra, y tuvo las propias resultas que habían predicho Florida Blanca y Aranda; y no obstante que toda la nación estaba indignada por la falta de plan con que se hizo, por el atolondramiento del gabinete, por el desgobierno que había reinado en nuestros ejércitos, por lo mucho que se les había hecho neciamente padecer, y en fin por los funestos efectos de ella, el guardia, en galardón de tan señalados servicios, tuvo la osadía de proclamarse *Príncipe de la Paz*.

Esta súbita novedad consternó a todas las gentes sensatas del reino, que ya vieron en él otro condestable de Castilla, otro don Álvaro de Luna, pero ¿cuál fue su admiración y dolor cuando llegó a su noticia que iba a emparentarse con la sangre real, enlazándose con una hija del infante don Luis?

Corrió entonces con este motivo por muy válido un rumor al que no puede dar crédito el hombre imparcial hasta que el tiempo se lo descubra. Decíase pues que Godoy estaba ya casado legítimamente con la Tudó, que tenía ya de ella uno o dos hijos, y que en esta atención iba a cometer una poligamia.

Coma quiera, verificose el otro casamiento con singular gusto de los reyes, y tuvo Godoy la satisfacción de oír en esta ocasión los aplausos, vivas y aclamaciones de todos los cortesanos, de ver a los propios monarcas bajar de su trono para irle a abrazar a su misma casa como a su pariente y amigo, de oír ensalzado su glorioso nombre por los clarines de la fama, cantado sin bajeza por alguno que otro buen poeta y celebrado cual el de un héroe por una chusma de míseros y viles copleros, y en fin de lograr aquella respetuosa consideración que disfrutaban entre nosotros los individuos de la sangre real.

Entre tanto el nuevo príncipe pacificador nos metió en una guerra funesta con la Inglaterra, que hubiera podido ser mucho más gloriosa, porque no debemos olvidar la crítica situación en que se hallaba a la sazón aquel reino, sublevada la Irlanda, los caudillos de la sublevación alentados con la poderosa protección de la Francia, que tenía entonces una fuerza naval formidable, prontos y dispuestos a valerse de todos sus arbitrios para sacudir el pesado yugo de la Gran Bretaña, el espíritu de sublevación que iba cundiendo en Inglaterra y hasta en las escuadras mismas, la libertad francesa que traía a todos vuelta la cabeza, el gobierno británico casi sin fuerza ni vigor; ¡qué bella perspectiva para hacer una guerra ventajosa! ¡vanas esperanzas! apenas habían principiado las hostilidades, cuando

tuvimos aquel infausto combate naval del Cabo de San Vicente, en que don Juan de Córdova, con veintisiete navíos de línea, cuatro fragatas y un cutter, se dejó vergonzosamente batir con indecible pérdida por el almirante Jervis, que tenía fuerzas muy inferiores. Cuando llegó a noticia del público esta mala nueva, todos se indignaron, todos clamaban a una voz contra las malas disposiciones de Godoy. ¡Clamores inútiles!

Ya por nuestra desgracia íbamos experimentando los funestos efectos de su ineptitud y arrogancia; pero ya no había remedio, porque tenía muy arraigada la autoridad. En balde Saavedra y el malhadado Jovellanos representaron enérgicamente al rey lo peligroso que podía ser este nuevo privado en lo sucesivo, que si bien su majestad los escuchó un momento, se vieron luego apeados y excluidos de su Real Consejo a impulsos del poderoso válido, quien no tardó en vengarse de ellos, desterrando vergonzosamente al primero, y condenando al otro a una cárcel perpetua.

De aquella aciaga época data asimismo la mengua de la nobleza de España, de esa nobleza que nos representa nuestra historia apoyando al trono, abogando por el pueblo y defendiendo con valor a los desvalidos. Ya desde entonces nuestros grandes no pudieron hacerse lugar cerca del monarca, ni atreverse siquiera a soltarle la menor insinuación, estando cerciorados de su mal éxito, mediante la ciega confianza de aquel en Godoy, de quien no por eso han dejado de ser víctimas, pues que los hemos ido viendo a todos ellos sucesivamente desterrados, desairados, escarnecidos y vilipendiados.

Arbitro ya el príncipe de la paz de la nobleza por su enlace y con plenos poderes para mandar a su antojo, no piensa sino en afianzarse más y más en su elevado puesto, en atesorar, en granjearse criaturas, en vender todos los empleos y en dejar arruinar el reino. Ya a la sazón pretende que se encienda el fuego por todo su alrededor, que todos los corazones ardan en holocausto, que suban hasta las nubes los inciensos olorosos que se le

tributen, y que se le reconozca por el númen tutelar de España. Su lujo, fausto y rapillas no tuvieron ya ningún dique. Dióse una gran guardia, aunque no tan numerosa y lúcida como la que se creó después cuando se hizo nombrar generalísimo. Si alguno tenía la inadvertencia o bobería de dirigirse en derechura al rey para alguna reclamación o para solicitar alguna gracia, podía tener por seguro no alcanzar nada. La reina pagó entonces la terquedad que había puesto en proteger a tan infame persona, pues no teniendo ya menester de ella, la trataba con el mayor desprecio, se burlaba de sus antojos y caprichos, y la traía debajo de sus pies para que le sirviese de peana. No ventilaremos aquí si aquella buena señora tenía merecidos tantos bochornos.

Por lo demás, la industria, justicia, comercio, marina y erario yacieron en un estado de nulidad absoluta, siendo así que pudo fácilmente realzarlos, mediante que las circunstancias le fueron varias veces propicias para ello. Las letras que, en el reinado de Carlos III, habían comenzado a tomar algún vuelo, decayeron enteramente en su ministerio.<sup>1</sup> Desagradecido, desentrañado y mal hombre cuando así lo exigía su política, procuró muy desde sus principios sofocar las buenas disposiciones del heredero del trono, rodeándole de gentes de su propia confianza y privándole de aquellos ayos que podían ilustrarle y formar de él un buen príncipe.<sup>2</sup> ¡Qué digo! Aún hacía más; tenía la

---

<sup>1</sup> Lo más chistoso es que se preciaba de ser el *protector nato* de las letras, y aun Monseuir Marsillac, autor *del Nuevo Viaje a España*, nos ha dado la importante noticia de que el Príncipe de la Paz era un gran literato. No sabemos cuál fuera su basta literatura; pero por lo tocante a la protección que ha concedido a las letras, no podemos ignorar que le debemos un montón de poetas que han celebrado la batalla de Trafalgar y su digna elevación a la dignidad de grande almirante, entre los cuales no deberemos olvidar al autor del *Discurso del Lord San Vicente y etcétera*. Igualmente hemos de estarle agradecidos a la escuela Pestalociana, de que últimamente se manifestó protector, viendo en su método una cierta tendencia a la *perfectibilidad*. Es lástima que a fines de su reinado le negase ya su protección, porque hubiéramos tenido con ella montes y maravillas.

<sup>2</sup> He oído decir a una persona fidedigna que cuando la desgracia de Escocoyquiz, dijo Godoy a un confidente suyo: "Este botarate nos era muy perjudicial, y por lo mismo he tomado la resolución de echarle de aquí. Quería hacer del príncipe un rey acabado; y no contento con enseñarle la historia, ya principiaba a insinuarle algunas máximas de política, varias lecciones de diplomática, de derecho público, y que sé yo que otras cosas, no señor: el príncipe no debe aprender más que el catecismo de Fleuri, la *Biblia del Padre Scio*, la genealogía, un poco de geografía, y sobre todo el nacimiento y embocadura de los ríos de España y de América. El lance

desvergüenza de mandar que se le negara hasta lo necesario, y no se le diese ni un maravedí, en tanto que él a puros crímenes y maldades iba dejando exhausto el erario; y amontonando tesoros.

Se ha dicho que eran nobles sus modales y proceder, pero hay pruebas irrefragables de lo contrario, puesto que tenía un gusto particular en envilecer aun a los sujetos de carácter a quienes por política debía de haber tratado por lo menos con una especie de respeto exterior. Con las señoras se comportaba con la misma dureza que un bándalo. Cuando le daban una noticia que no le acomodaba, echaba a rodar con trastos, papeles y cuanto tenía en la mano. Habiéndole venido a decir una vez, estando bastante enfermo el rey, que el príncipe de Asturias estaba siempre clavado en el cuarto de su majestad, se puso a jurar como un carretero y a prorrumpir en odiosas imprecaciones contra un cierto personaje que no había sabido ejecutar sus órdenes. En otra ocasión, habiendo entrado en su caballeriza y visto que un caballo suyo no estaba cuidado a su gusto, mató con su sable a un caballerizo, cuyo rasgo denota bien la ferocidad de su genio. A veces tenía congregados en su casa a los ministros para negocios de estado, mientras tanto que se estaba afeitando o chuleándose con alguna beldad. ¿Y quién es el que no los ha visto bajar de palacio a todos ellos tras de él cabizbajos como unos lacayos o pajes de cola?

Su desenfrenada ambición le hacia mirar como juego de niños las palabras de honor, las promesas, la buena fe, el afecto y la gratitud. Era extremadamente voluptuoso, pero sin ninguna de aquellas delicadezas que saben algunas veces afectar hasta los hombres más licenciosos, siendo por otra parte incapaz de una amable galantería con el bello sexo. No

---

es que no sé de quién echar mano para ayo”. El confidente comenzó a indicarle a varios sujetos capaces del reino; pero Godoy le interrumpió, diciendo: "Estoy por dar al príncipe por ayo al padre Cirilo.<sup>(a)</sup>

(a) *Todos conocen en Madrid al padre Cirilo, y así es excusado dar noticias circunstanciadas de este buen capuchion.*



abrigaba su corazón ninguna virtud religiosa ni humana, ni menos aquella sensibilidad con que la benigna naturaleza la gratificado a todos los humanos.

Así que en su ministerio no vemos más que un despotismo insoportable, y un diván peor que el de Turquía, de donde salen nuevos impuestos a cual más gravosos, un sin número de atropellamientos, prisiones, órdenes de destierro, compradas o vendidas por las cortesanas del visir, millares de infracciones de la fe pública, nuevas creaciones de vales reales, mil y mil providencias inútiles para la caja de amortización, y en fin, todo cuanto pudo imaginarse para oprimir, robar y degradar a una nación noble, leal y amante de su dignidad.

Aquí correspondía hablar de sus voluptuosos festines de Madrid y Aranjuez, de su famoso sofá de los trámites y pruebas por donde hacia pasar a los pretendientes que tenían derecho a ser favorecidos no por sus prendas personales sino por su ignominioso carácter, queriendo que todos ellos participasen del desenfreno suyo, imitando a la zorra de la fábula, que habiendo perdido la cola, pretendía que todas sus compañeras se quitasen las suyas; aquí tocaba decir algo de sus escandalosas orgías en aquel costoso viaje de los reyes a Andalucía y Cataluña, pero no podemos prescindir de aquella sabia máxima que encarga Horacio a un historiador:

*Qualem commendes, etiam atque etiam aspice; ne mox incutiant aliena tibi peccata pudorem.*<sup>3</sup>

Si por lo menos este hombre hubiera hecho por colocar en el ministerio sujetos de capacidad, habría sido más llevadera nuestra suerte. Pero ¿a quiénes ha puesto al frente de los negocios? ¡Dios mío! ¡qué ministros! En el término de 17 años entre tantos como ha escogido y variado, no hemos visto siquiera uno, capaz de inspirarnos la más leve

---

<sup>3</sup> *Epis. XVIII. Libro 1.*

confianza. Mas ¿cómo podíamos esperararlo cuando nos constaba de cierto que Godoy tenía declarada guerra abierta al mérito y al talento, y que tiraba siempre a arrancar esta planta exótica, temiendo su fecundidad? ¿ha habido por ventura en su tiempo en la nación un sujeto ilustrado que no haya sido perseguido, calumniado o arrinconado? ¿no ha sido ésta la suerte de Cabarrus, fundador del crédito público de España y digno por sus talentos y servicios de haber ocupado el primer puesto del ramo de hacienda? ¿no ha sido la misma la de Mazarredo, de aquel sabio marino, respetado de los extranjeros, y hasta de nuestros propios enemigos los ingleses? ¿no ha sucedido otro tanto a Jovellanos, aquel patricio lleno de luces y virtudes que aún gime oprimido en un calabozo? ¿no estuvo a pique de acaecer lo propio a uno de nuestros mejores militares, el general Caro que ha vivido después ignorado en Valencia? ¿no ha sido idéntica en fin la suerte de otros muchos que no cito por no ser molesto, que o bien están arrinconados o condenados a la desgracia? y ¿a quiénes hemos visto boyantes y haciendo papel? pero aquí me detengo, pudiendo decir con Salustio que no sé cuál de los dos, si el rubor o el sentimiento deben contenerme.<sup>4</sup>

Parece increíble, pero es de toda evidencia que durante la privanza de Godoy, ha padecido nuestra nación más calamidades que otras en el transcurso de cuatro siglos. No hablaremos del azote de la peste, introducida y propagada en el seno de España por falta de policía; nada diremos de aquella desastrosa hambre que ha dejado asoladas las dos Castillas por haber privado a los ayuntamientos y concejos de los pueblos de sus arbitrios y caudales para abastecerse de antemano de trigo, cual de tiempo inmemorial lo habían estado haciendo; nada hablaremos en fin de otros muchos desastres que nos han sobrevenido en estos 17 años, pero ¿cómo podremos echar en olvido que en aquel año desastroso que está aún vertiendo sangre, cuando nuestros buenos castellanos, faltos de todo, y sin tener un

---

<sup>4</sup> *Nam post<sup>ea</sup> quae fecerit incertum habeo, pudeat magis an pigoat disserere. Hist. de Furgurth.*

bocado que llegar a la boca, yacían escuálidos y macilentos por las calles de las ciudades, villas y lugares, andaba Godoy traficando desentrañada y vergonzosamente con todo el trigo que podía haber a las manos por medio de sus viles agentes? pero este cuadro es demasiado horrible para los que están dotados de una acendrada sensibilidad, y es forzoso esconderle.

Ya que hablamos de tráfico, no podemos omitir aquí los enjuagos y reprobadas negociaciones que según las circunstancias solía hacer con los efectos públicos. Cuando la paz de Amiens, como él fue de los primeros que supieron la noticia, compró a precios muy bajos muchos millares de vales reales que luego negoció con una inmensa ganancia. En otras ocasiones se deshacía de ellos, y así los hacía subir o bajar según las pérdidas o utilidades que se le presentaban. En fin se puede decir en esta parte sin la menor exageración, que hizo en su reinado cuanto pudo para desacreditar del todo este papel moneda, supuesto que permitió que diera orden Soler para que el tesoro real pagase a los acreedores del estado en vales reales, y no cobrase derechos, impuestos, gabelas ni especie alguna de contribución sino en dinero contante, de forma que la corona, que era la que más interesada estaba en el crédito y conservación de sus cédulas, era la primera que por las descabelladas providencias de su gobierno, daba más que sobrados motivos para que la nación desconfiase totalmente del papel moneda, le tuviese por de ningún valor y le menospreciase.

¿Y quién no trae a la memoria con sumo horror el paso que hizo dar Godoy a nuestro buen rey para que despojase a su hijo legítimo de la corona de España, la abdicase su majestad, le confiriese a él la regencia y pasase la propuesta al supremo consejo de Castilla? Así pasó, todos lo sabemos, ¿pero quién habrá que lo crea sin desmentir a sus ojos? ¡oh, verdad ignominiosa, digna del silencio y mejor para el olvido! Era sin duda su

intento una locura, un solemne desatino, pero ¿qué no es creíble del entendimiento ofuscado de una pasión furiosa? Así que no atiende a nada más que a ver como aunque sea locamente, ha de arrancar de la cabeza del cándido Carlos IV la corona para ceñírsela. No tiene razón que le favorezca, derecho que le asista ni fuerzas que le socorran; pero no importa, tiene ambición y dinero, eso le basta. Mas el supremo tribunal de la nación le da en rostro, y frustra fácilmente sus designios. Chocóle sobremanera la resistencia, y ardió en su corazón el fuego del odio, cólera y venganza. No hay trincheras que contengan la furia de su ambición ofendida: la religión, el honor, la razón y el derecho de gentes, todo es nada. Godoy jura vengarse, y ha de ser indefectible su venganza aunque ultraje lo más sagrado. Efectivamente vimos de resultas de esto, destierros, deposiciones y las ruinas de sus émulos.

Y ¿qué diremos de aquellas máquinas y zalagardas con que traía enredada a toda la casa real para poder mandar a su arbitrio a todos sus individuos? ¿y aquel descoco de nombrarse generalísimo para desorganizar el ejército, para colocar a sus criaturas y vengarse a su gusto de aquel mismo cuerpo de guardias de Corps, de que había sido individuo? ¿qué especie de capitán había de ser un hombre que estaba siempre embebido en los brazos encantadores de las sirenas que le embelesaban con el gusto y deleite, y que no había servido en la guerra ni conocía los famosos capitanes sino por haberlos visto pintados en alguna estampa con todos los penachos poéticos y los adornos fabulosos de la lisonja y mentira? ¿y aquello de proclamarse gran almirante, y hacerse conferir todo el ejercicio de la soberanía en un tiempo en que nuestros arsenales y astilleros estaban desiertos, teniendo un siglo hacía sin pagar a la marina y estando enteramente desnudos nuestros marineros? ¿y aquel escandaloso y reciente nombramiento en que hizo al rey representar el papel ridículo de venir en conceder a la Tudó los alegóricos títulos de "Roca Fuerte" y "Castillo Fiel?"

¿no le bastaba el haber corrompido la corte, desmoralizado la nación y cometido toda especie de excesos en esta parte, sino que necesitaba todavía revelar a la Europa entera en un papel ministerial<sup>5</sup> el objeto favorito de su cariño, su donosa gratitud para con él y el candor de Carlos IV? No hizo Ovidio tan famosa a su Corina, Estacio a Violantila, Tíbulo a Dalia, Pro-parcia a Cintia, Cátulo a Lesbia, Cornelio a Licoris, Petrarca a Laura y Lepe a su Amarilis cuál quiso el príncipe hacer a su Pepa Tudó. ¿Cuándo se había de haber ofrecido a la imaginación más poética que una muchacha pobre y oscura al principio, había de haber sido después la directora de todo su sexo, y a quien la grandeza de las duquesas había de obedecer y contentar con ahínco? ¿qué había de ser la dispensadora de todas las gracias y beneficios, y la única en fin a quien naturales y extranjeros, chicos y grandes habían de acudir para sus fines y pretensiones con el estado? sin embargo, la cosa ha sucedido así, y cuando a puro onzas y solicitudes se lograba su empeño, ya tenían los pretendientes esperanzas fundadas de alcanzar sus intentos, y estaban llenos de satisfacciones.

Y ¡qué a vista de todo esto, (confesémoslo para ignominia de nuestro siglo), se hayan con todo encontrado hombres tan ligeros, por no decir otra cosa, que no hayan reparado en dar al príncipe un honorífico sobrenombre, que se duda sí mereció Cicerón, aquel orador que hizo tantos servicios a su patria!

De hecho, cuando Godoy se hizo promover o por mejor decir se promovió él propio a la elevada dignidad de gran almirante, no contenta la villa de Madrid con hacer unos gastos enormes para el palacio de Buena Vista, quiso además favorecerle con el majestuoso y retumbante título de *padre de la patria*. ¡Padre de la patria, un válido que traía embobado al soberano, y ejercía malamente su poder, abusando de su confianza! ¡padre de la patria un tirano que tenía abatidos a sus vasallos por el temor y sumergidos en ignominiosa

---

<sup>5</sup> *La Gaceta de Madrid*.

esclavitud! ¡padre de la patria quien había estado trabajando todo su reinado para que se entorpeciera o disipara del todo en nuestros corazones oprimidos por su insoportable yugo el valor, aquella virtud heroica destinada a defender las diademas! ¡padre de la patria, el que había tirado a extinguir en nosotros el honor, apoyo de las monarquías! ¡padre de la patria el que había hecho, porque desapareciera en nosotros aquel natural amor que tenemos a nuestros príncipes, y que había ya alcanzado que anhelaremos por pasar a otra dominación! ¡padre de la patria quien había destituido al soberano de todos aquellos medios que son necesarios para sostener su decoro, dejándole sin amigos, sin generales, sin almirantes, sin tesoro público, sin crédito nacional! ¡padre de la patria quien repetidas veces había aconsejado al príncipe que tomara de otra potencia cantidades pecuniarias que no estaban sus vasallos en estado de contribuirle, y que el hubiera podido fácilmente suministrarle! ¡qué miserable locura! mas ¿qué no precisa hacer a los hombres el respeto al poderío?

¡Ah! no extrañemos esta flaqueza de parte de la villa de Madrid constándonos que varios de los monstruos que ocuparon el trono del mundo, han tenido en vida y muertos sus partidarios y panegiristas. ¿No han querido decirnos que los Tiberios, Caligulas y Nerones se ven sumamente calumniados? ¿no se ha querido sostenernos que nunca el pueblo romano había sido más feliz que en tiempo de los emperadores más crueles? ¿no se ha pretendido que Suetonio no había hecho más que recoger voces vagas o inventar él mismo anécdotas odiosas? ¿no se nos ha dicho que Tácito había visto las cosas con el engañoso lente de una imaginación tétrica y adusta? que mucho pues que la villa de Madrid viera también en un terrible déspota un padre de la patria? ¡amada España mía! ¡ah! si hubieses tenido un buen padre, a buen seguro que no te verías en tan deplorable situación. Tú podías ser por tu suelo, clima, producciones y arbitrios un país hermano de la Francia. Tú fuiste en

otro tiempo por el valor y sabia política de tus antiguos hijos, nuestros mayores, arbitra y señora de la Europa, y ahora ¡ay de mi! te ves del propio modo que un árbol que por falta de cultivo se ha ido desarraigando y por su mismo peso se ha inclinado hacia la tierra. Este es el servicio que debes a aquel padre de la patria ...

Empero lo que hay de más particular en la vida de Godoy, es el haber ido siempre derecho a su negocio sin el menor óbice. En medio de que se palpaban claramente los innumerables estragos que hacia a la nación; no obstante, que se veía con evidencia que la iba quedando como un cuerpo cadavérico, sin erario, sin ejército ni armada naval sin gobierno y sin recurso; sin embargo de que se sabía que él iba atesorando a manos llenas y cargándose con todo el numerario, nadie se ha atrevido con él, nadie ha chistado ni contradecido a su voluntad soberana; ni uno siquiera sino Saavedra y Jovellanos ha tenido valor para desengañar al rey y darle parte de las amargas quejas y vivos clamores de sus pueblos y la desventurada situación en que se nos había puesto. A los ojos de algunos merecerán disculpa los palaciegos, que sólo consultan sus intereses particulares y su conservación individual; mereceránla igualmente ciertos sujetos de consideración para el rey, los que podrían decirnos en vista de lo acaecido con las dos víctimas arriba mencionadas lo que Cicerón a Atice, hablando de los progresos de Cesar: *Ya es tarde para resistir al enemigo que hemos estado alimentando tanto tiempo en nuestro seno;*<sup>6</sup> pero la reina, esa señora que no deja de tener talento, que se ha visto tratada con dureza por aquel mismo valido, a quien había sacado de la nada, que no podía ignorar lo que sucedía, que tenía sobradísimo influjo con el rey para hablarle con franqueza, representándole con viveza y energía el descontento de sus pueblos y la urgente necesidad de alejar de su concejo al príncipe, ¿cómo es que no lo ha hecho? ¿cómo ha permitido que nuestro buen

---

<sup>6</sup> *Sero resistemu ei quem per decem annos aluimus contra nos.*

rey estuviera en una absoluta ignorancia acerca de los desastres del reino? ¿cómo en fin no ha dado en tierra con nuestro tirano y el suyo? ¡ah! nuestra generosidad le hubiera perdonado entonces los infinitos males que nos había causado con su infausto presente, achacándolos a falta de reflexión y dándoselos por reparados.

En fin lo que la reina no quiso hacer; lo han hecho las circunstancias o por mejor decir la Providencia. Llegó la hora tan deseada, tan esperada de todos; tan prevista ya y vaticinada, aquella hora de la cual pendía la salud de España en cuyo instante se vio salir a fuera el justo enojo del pueblo contra Godoy, cual torrente impetuoso que rompe los diques que por largo tiempo se opusieron a su curso. A este movimiento el formidable coloso contra quien nadie se había antes atrevido a chocar, el ídolo de la corte, el soberano en ejercicio con toda su autoridad cae con la propia facilidad que las hojas de un árbol al soplo impetuoso de un huracán. No se trata ya de aplausos y vivas: ya no se oyen en Aranjuez otros gritos que los de *muera el Príncipe de la Paz, muera el traidor, muera el choricero y etcétera*. Su palacio que poco había era su sagrado a cuyos umbrales nadie podía detenerse sin ser imperiosamente repelido por una centinela, es forzado, saqueado y destruido. Por su dicha no le encontró en casa el populacho, que sin eso estaba hecho de su vida, porque la plebe irritada estaba anhelosa por su sangre. Dicese al pueblo que iba escapado por Ocaña, y va en su busca con toda suerte de armas; vuelve sin él desesperado, corre presuroso y vagabundo por calles, plazas y paseos tras sus huellas. Ya el 19 de marzo se difunde la voz de su hallazgo... ¡Qué gritería! ¡qué carreras! ¡qué voces! ¡qué mueras! todos quieren manchar sus manos en su sangre; todos a porfía intentan destrozarle. Pero el príncipe de Asturias le salva, y aun vive y respira cubierto de oprobio en una prisión.

Así ha concluido la vida pública de este famoso favorito. Apenas se ha sabido en el reino su desgracia, ¡qué júbilo! ¡qué regocijos! ¡qué de alabanzas resuenan en todas partes!



el uno que estaba fuera del seno de su familia, bendice la mano de aquel a quien debe la esperanza de volver a verla. El otro que gime en una prisión, ve ya con indecible alegría el momento de su libertad. Este otro que disfruta todavía en paz las comodidades de su casa, da gracias a quien le ha preservado de la proscripción. Aquí se celebra con exaltado entusiasmo su caída; allá escarnecen y detestan ya su memoria. Todos emprenden su vituperio, y cada cual interrumpiéndose a sí mismo con sollozos y ayes de indignación, llora lo pasado, admira lo presente y espera en lo venidero.

LA EDICIÓN DEL TOMO I ESTUVO A CARGO DE

Edna Sandra Coral Meza  
Rosa América Granados Ambriz  
Raquel Güereca Durán  
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado  
Adriana Fernanda Rivas de la Chica  
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO PAPIIT IN402602